

LA ISLA DEL TIEMPO

CAZADORES DE SOMBRAS

CIUDAD DEL
FUEGO CELESTIAL

Cassandra Clare

Traducción de Patricia Nunes

DESTINO

PRÓLOGO
CAE COMO LA LLUVIA

Instituto de Los Ángeles, diciembre 2007

El día que mataron a los padres de Emma Carstairs hacía un tiempo estupendo.

Por otra parte, el tiempo solía ser siempre estupendo en Los Ángeles. La madre y el padre de Emma la dejaron una clara mañana de invierno en el Instituto, en las colinas detrás de la Autopista de la Costa del Pacífico, con vistas al océano azul. El cielo era una explanada sin nubes que se extendía desde los acantilados de las Empalizadas del Pacífico hasta las playas de Point Dume.

La noche anterior había llegado un informe sobre actividades demoníacas en las cuevas de la playa de Leo Carrillo. Habían encargado a los Carstairs que echaran un vistazo. Más tarde, Emma recordaría a su madre recogándose tras la oreja un mechón que el viento le había soltado, mientras se ofrecía a dibujarle un runa de temeridad al padre de Emma, y a éste, John Carstairs, riendo y diciendo que no estaba muy seguro de qué opinaba de esas runas nuevas. Ya le iba bien con las que se hallaban en el *Libro Gris*, muchas gracias.

En aquel momento, Emma se había impacientando con sus padres, y los había abrazado apresuradamente antes de echar a correr

escaleras arriba hacia la puerta del instituto, con la mochila que le saltaba entre los hombros mientras les decía adiós con la mano desde el patio.

Emma estaba entusiasmada de poder entrenar en el Instituto. No sólo su mejor amigo, Julian, vivía allí, sino que ella siempre se sentía como si estuviera volando hacia el océano al entrar en él. Era una estructura enorme, de madera y piedra, situada al final de un largo camino de gravilla que serpenteaba entre las colinas. Todas las habitaciones, todos los pisos, daban al océano, a las montañas y al cielo, grandes extensiones ondeantes de azules, verdes y dorados. El sueño de Emma era subir al tejado con Jules (aunque hasta ese momento los padres les habían arruinado el plan) para contemplar la vista que se abría hasta el desierto del sur.

La puerta principal la reconoció y se abrió con facilidad bajo su empujón. La entrada y los pisos bajos del Instituto estaban llenos de cazadores de sombras adultos que iban de un lado para otro. Algún tipo de reunión, supuso Emma. En medio del gentío, vio de refilón al padre de Julian, Andrew Blackthorn, el director del Instituto. Como no quería que la entretuvieran con saludos, se apresuró a ir al vestuario del segundo piso, donde se cambió los jeans y la camiseta por el equipo de entrenamiento: una camisa amplia, unos pantalones anchos de algodón y lo más importante: una espada a la espalda.

Cortana. Su nombre sólo quería decir «espada corta», pero para Emma no era corta. Tenía la longitud de su antebrazo, de metal brillante y con una inscripción en la hoja que siempre la hacía estremecerse: «Soy *Cortana*, del mismo acero y temple que *Joyeuse* y *Durendal*». Su padre le había explicado lo que eso significaba el día que se la había puesto en sus manos de niña de diez años por primera vez.

—Puedes usar esta espada para entrenarte hasta que cumplas los dieciocho, momento en que será tuya —le había dicho John Carstairs, sonriéndole mientras pasaba los dedos por encima de la inscripción—. ¿Entiendes lo que quiere decir?

Ella había negado con la cabeza. «Acero» lo entendía, pero no lo

de «temple». «Temple» quería decir «temperamento», algo que su padre siempre le estaba diciendo que debía controlar. ¿Qué tenía eso que ver con la hoja de una espada?

—Ya conoces a la familia Wayland —le había dicho su padre—. Eran famosos por las armas que hacían, antes de que las Hermanas de Hierro comenzaran a forjar todas las armas de filo de los cazadores de sombras. Wayland *el Herrero* creó a *Excálibur* y a *Joyeuse*, las espadas de Arturo y Lancelot, y a *Durendal*, la espada del héroe Rolando. E hicieron también esta espada, del mismo acero. Y todo acero se debe temprar, someterlo a un gran calor, casi el suficiente para derretir o destruir el metal; eso lo hace más fuerte. —La besó en la coronilla—. Durante generaciones, esta espada ha pertenecido a los Carstairs. La inscripción nos recuerda que los cazadores de sombras somos las armas del Ángel. Templados por el fuego, nos hacemos más fuertes. Cuando sufrimos, sobrevivimos.

A Emma se le hacía eterno esperar los seis años que le faltaban para cumplir los dieciocho, cuando podría viajar por el mundo luchando contra los demonios, cuando podría templantarse en el fuego. En ese momento, se sujetó la espada y salió del vestuario, mientras se imaginaba cómo sería ese futuro. En su imaginación, se hallaba en lo alto de los acantilados ante el mar de Point Dume, rechazando a una horda de demonios raum con *Cortana*. Julian estaba con ella, claro, empleando su arma favorita: la ballesta.

En la imaginación de Emma, Jules como llamaban a Julian, siempre estaba allí. Emma lo conocía desde que tenía uso de razón. Los Blackthorn y los Carstairs siempre habían estado unidos, y Jules sólo tenía unos meses más que ella; Emma nunca había vivido en un mundo sin él. Había aprendido a nadar en el mar con él, cuando ambos eran bebés. Habían aprendido a andar y a correr juntos. Los padres de él la habían llevado en brazos, y los hermanos mayores de Jules la reñían cuando se portaba mal.

Y se había portado mal a menudo. Teñir de azul brillante al gato blanco de la familia Blackthorn, *Oscar*, había sido una idea de Emma

cuando tenían siete años. De todas formas, Julian había cargado con la culpa; como solía hacer. Después de todo, había dicho, ella era hija única y él tenía seis hermanos; sus padres olvidarían su enfado con él mucho antes que los de ella.

Emma recordaba la muerte de la madre de Julian, justo después de nacer Tavvy, y de haberle tomado la mano a Jules mientras el cadáver ardía en los desfiladeros y el humo subía hacia el cielo. Recordaba que él había llorado; recordaba haber pensado que los chicos lloraban de un modo muy diferente del de las chicas, con unos horribles sollozos entrecortados que parecían que se los arrancaran con ganchos. Quizá para ellos fuera más duro, porque se suponía que no debían llorar...

—¡Uff! —Emma se tambaleó hacia atrás; estaba tan sumida en sus pensamientos que se había topado con el padre de Julian, un hombre alto, con el mismo cabello castaño alborotado que la mayoría de sus hijos—. Perdón, señor Blackthorn.

Éste sonrió de medio lado.

—Nunca he visto a nadie con tantas ganas de ir a clase —bromeó mientras ella atravesaba corriendo el vestíbulo.

La sala de entrenamiento era una de las favoritas de Emma. Ocupaba casi todo un piso, y tanto la pared del este como la del oeste eran de cristal transparente. Se podía ver el mar azul desde casi en cualquier punto que se mirase. La curva de la costa se veía en toda su extensión, las infinitas aguas del Pacífico extendiéndose hacia Hawái.

En el centro del pulido suelo de madera se hallaba la tutora de la familia Blackthorn, una mujer autoritaria llamada Katerina, que en ese momento estaba ocupada enseñando a los mellizos a lanzar los cuchillos. Livvy seguía las instrucciones obediente, como siempre, pero Ty fruncía el ceño y se resistía.

Julian, vestido con la holgada ropa de entrenamiento, estaba tumbado de espaldas cerca de la ventana y hablaba con Mark, que pretendía leer un libro y hacía todo lo posible para no hacer caso a su medio hermano pequeño.

—¿No crees que Mark es un nombre raro para un cazador de sombras? —estaba diciendo Julian cuando Emma se les acercó—. Quiero decir, si lo piensas de verdad, es confuso. «Ponme una Marca, Mark».

Mark alzó la rubia cabeza del libro que estaba leyendo y miró molesto a su hermano. Julian jugueteaba con la estela, haciéndola girar en la mano. La sujetaba como un pincel, algo por lo que Emma siempre lo reñía. Se suponía que debía tomar la estela como una estela, como si fuera una prolongación de la mano, no una herramienta artística.

Mark suspiró con exageración. A los dieciséis años era lo suficientemente mayor que Emma y Julian para encontrar que todo lo que éstos hacían era molesto o ridículo.

—Si te molesta, puedes llamarme por mi nombre completo —contestó.

—¿Mark Anthony Blackthorn? —Julian arrugó la nariz—. Se tarda mucho en decirlo. ¿Y si nos atacara un demonio? Para cuando estuviera a mitad de tu nombre ya estarías muerto.

—En esa situación, ¿no serías tú quien me salvaría la vida? —preguntó Mark—. ¿No crees que estás yendo demasiado deprisa, eh, renacuajo?

—Podría pasar. —Julian, al que no le había gustado nada que lo llamara renacuajo, se incorporó hasta quedar sentado. Tenía mechones de cabello alborotados por toda la cabeza. Su hermana mayor, Helen, siempre intentaba peinárselo, pero no servía de nada. Tenía el cabello de los Blackthorn, como su padre y la mayoría de sus hermanos: desordenado de cualquier manera y de color castaño. El parecido entre los miembros de la familia fascinaba a Emma, que se parecía muy poco a su madre o a su padre, excepto si se consideraba que su padre también era rubio.

Helen llevaba meses en Idris con su novia, Aline; se habían intercambiado los anillos familiares e iban «muy en serio», según los padres de Emma, lo que sobre todo quería decir que se miraban con ojos

de besugo. Emma estaba decidida, si alguna vez se enamoraba, a no ser tan pava. Sabía que había algo de revuelo por el hecho de que Helen y Aline fueran dos chicas, pero no entendía por qué, y los Blackthorn parecían apreciar mucho a Aline. Era una presencia relajante, y hacía que Helen no se pusiera nerviosa.

La ausencia de Helen significaba que nadie le cortaba el pelo a Jules, y el sol que entraba en la sala le teñía de oro las rizadas puntas. Las ventanas de la pared este mostraban el umbrío perfil de las montañas que separaban el mar del valle de San Fernando; unas colinas secas y polvorientas, llenas de cañones, cactus y matorrales espinosos. A veces, los cazadores de sombras salían a entrenar, y a Emma le encantaban esos momentos, le fascinaba descubrir senderos ocultos y cascadas secretas, y los lagartos adormilados que tomaban sol en las rocas cercanas. Julian era un experto haciendo que los lagartos se le subieran a la mano y se durmieran allí mientras él les acariciaba la cabeza con el dedo.

—¡Cuidado!

Emma esquivó el cuchillo con punta de madera que pasó volando junto a su cabeza y chocó contra la ventana, salió rebotado y le dio a Mark en la pierna. Éste dejó el libro a un lado y se puso en pie, enfadado. Técnicamente, Mark estaba haciendo de segundo supervisor, ayudando a Katerina, aunque prefería leer a enseñar.

—Tiberius —lo reprendió Mark—. No me tires cuchillos.

—Ha sido un accidente. —Livvy se interpuso entre su mellizo y Mark. Tiberius tenía el cabello tan oscuro como rubio lo tenía Mark; era el único de los Blackthorn, aparte de Mark y Helen, que no contaban por tener sangre de subterráneos, que no tenía el cabello castaño y los ojos verde grisáceos de la familia. Ty tenía el cabello negro y rizado, y ojos del color gris profundo del hierro.

—No, no lo ha sido —replicó Ty—. He apuntado hacia ti.

Mark respiró profundamente con cierta exageración y se pasó las manos por el cabello, lo que contribuyó a dejárselo de punta. Mark tenía los ojos de los Blackthorn, de color verde grisáceo, pero el cabe-

llo, igual que el de Helen, era de un rubio casi blanco, como había sido el de su madre. Corría el rumor de que la madre de Mark y Helen había sido una princesa de la corte seelie que había tenido una aventura con Andrew Blackthorn, lo cual había dado como resultado dos niños, a los que, una noche, había abandonado a la puerta del Instituto de Los Ángeles antes de desaparecer para siempre.

El padre de Julian había recogido a sus hijos medio hada y los había criado como cazadores de sombras. La sangre de cazador de sombras era dominante, y aunque al Consejo no le gustara, aceptaba a niños medio subterráneos en la Clave siempre y cuando su piel soportara las runas. Tanto Helen como Mark habían recibido su primera runa a los diez años, y su piel la había aceptado sin problemas, aunque Emma notaba que a Mark le dolía más ponerse una runa que a un cazador de sombras común. Se había fijado en sus muecas de dolor cuando la estela le tocaba la piel, aunque él trataba de ocultarlas. En los últimos tiempos, Emma se había fijado en muchas cosas más de Mark; en lo atractiva que resultaba la forma de su rostro, extraña e influida por su sangre de hada, y en la anchura de los hombros bajo la camiseta. No sabía por qué se estaba fijando en esas cosas, y no terminaba de gustarle. Hacía que tuviera ganas de soltarle un improperio a Mark o de esconderse, o a menudo ambas cosas al mismo tiempo.

—Lo estás mirando muy fijamente —dijo Julian, mirando a Emma por encima de las rodillas manchadas de pintura de su ropa de entrenamiento.

Emma se puso tensa de golpe.

—¿A qué?

—A Mark... otra vez. —Parecía molesto.

—¡Cierra el pico! —susurró Emma por lo bajo, y le agarró la estela. Él tiró hacia sí y se inició un forcejeo. Emma soltó una risita y se apartó de Julian. Había estado entrenando con él durante tanto tiempo que sabía qué movimiento iba a hacer antes de que lo hiciera. El único problema era que tendía a no darle tanta importancia como

podría. La idea de que alguien pudiera hacer daño a Julian la enfurecía, y a veces esa furia la incluía a sí misma.

—¿Es por las abejas de tu habitación? —preguntó Mark mientras se acercaba a Tiberius—. ¡Ya sabes que teníamos que tirarlas!

—Supongo que lo hiciste para fastidiarme —replicó Ty. Ty era pequeño para su edad, diez años, pero tenía el vocabulario y la dicción de un chico de dieciocho. Por lo general, no mentía, sobre todo porque no entendía qué necesidad tenía de hacerlo. No podía comprender por qué algunas de las cosas que hacía molestaban o herían a la gente, y sus enfados le resultaban incomprensibles o lo asustaban, dependiendo de su humor en aquel momento.

—No tiene nada que ver con fastidiarte, Ty. No puedes tener abejas en la habitación...

—¡Las estaba estudiando! —protestó Ty, y el rubor le cubrió el pálido rostro—. Era importante, y eran mis amigas, y sabía lo que estaba haciendo.

—¿Igual que sabías lo que estabas haciendo con aquella serpiente de cascabel? —replicó Mark—. A veces te sacamos cosas porque no queremos que te hagas daño. Sé que es difícil de entender, Ty, pero te queremos.

Ty lo miró sin expresión. Sabía lo que «te queremos» significaba, y sabía que era algo bueno, pero no entendía por qué con eso se explicaba cualquier cosa.

Mark se inclinó con las manos en las rodillas, los ojos a la altura de los de Ty.

—Bien, esto es lo que vamos a hacer...

—¡Ja! —Emma había logrado tumbar a Julian de espaldas y arrebatarle la estela de la mano. Éste se echó a reír, y se revolvió bajo ella hasta que Emma le apesó el brazo contra el suelo.

—Me rindo —dijo Julian—. Me...

Él se estaba riendo de ella, y de repente Emma se dio cuenta de que la sensación de estar tumbada directamente sobre Jules era extraña, y también se dio cuenta de que, igual que Mark, Julian tenía

un rostro hermoso. Redondo, de niño y muy familiar, pero casi podía ver más allá del rostro que su amigo tenía en ese momento e imaginar el que tendría cuando fuera mayor.

El sonido de la campana del Instituto resonó en la sala. Era un ruido profundo, dulce y cantarín, como el de las campanas de una iglesia. Desde fuera, los mundanos veían el Instituto como las ruinas de una antigua misión española. Aunque por todas partes había carteles de PROPIEDAD PRIVADA y NO PASAR, a veces, la gente, sobre todo los mundanos con cierta dosis de Visión, conseguían llegar hasta la puerta principal.

Emma se separó de Julian y se sacudió la ropa. Había dejado de reír. Julian se incorporó apoyado en las manos y la miró con ojos curiosos.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Me he dado un golpe en el codo —mintió Emma, y miró hacia los otros.

Livvy estaba dejando que Katerina le mostrara cómo sujetar un cuchillo, y Ty negaba con la cabeza mirando hacia Mark. Ty. Había sido ella la que le había puesto ese apodo a Tiberius cuando nació, porque, con sólo dieciocho meses, era incapaz de decir «Tiberius» y siempre lo llamaba «Ty-Ty». A veces se preguntaba si él lo recordaría. Era raro, las cosas que le importaban a Ty y las que no no se podían predecir.

—¿Emma? —Julian se inclinó hacia adelante, y todo a su alrededor pareció estallar.

Hubo un repentino destello de luz, y el mundo al otro lado de la ventana se volvió rojo y de un dorado casi blanco, como si el Instituto estuviera ardiendo. Al mismo tiempo, el suelo se sacudió bajo ellos como la cubierta de un barco. Emma resbaló mientras desde abajo se alzaba un grito terrible, un chillido horrible e irreconocible.

Livvy ahogó un alarido y rodeó a Ty con los brazos, como si pudiera protegerlo con su propio cuerpo. Livvy era una de las pocas personas que podían tocar a Ty sin que a éste le importara; él se que-

dó con los ojos muy abiertos, una mano agarrando la manga de la camisa de su hermana. Mark ya se había puesto en pie; Katerina estaba pálida bajo sus rizos oscuros.

—Quédense aquí —le dijo a Emma y a Julian, mientras sacaba la espada de la vaina que le colgaba de la cintura—. Vigilen a los mellizos. Mark, ven conmigo.

—¡No! —exclamó Julian, poniéndose en pie—. Mark...

—No me pasará nada, Jules —le aseguró Mark con una sonrisa confiada; ya tenía la daga en la mano. Era rápido y seguro lanzando cuchillos, nunca fallaba—. Quédate con Emma —insistió, señalándolos a ambos con la cabeza, y luego desapareció en pos de Katerina; la puerta de la sala de entrenamiento se cerró tras ellos.

Jules se acercó más a Emma, le tomó la mano y la ayudó a levantarse; ella quiso decirle que estaba bien y que podía levantarse sola, pero no dijo nada. Entendía la necesidad de Jules de sentir que estaba haciendo algo, alguna cosa para ayudar. De repente, otro grito llegó desde abajo al mismo tiempo que un estruendo de cristales rompiéndose. Emma corrió hacia los mellizos, que permanecían inmóviles como pequeñas estatuas. Livvy estaba pálida y Ty se le agarraba a la camisa con todas sus fuerzas.

—No va a pasar nada —los tranquilizó Jules mientras colocaba la mano entre los finos omoplatos de su hermano—. Sea lo que sea...

—No tienes ni idea de lo que es —replicó Ty con voz entrecortada—. No puedes decir que no va a pasar nada. No lo sabes.

Entonces se oyó otro ruido. Era peor que el propio sonido del grito. Era un terrible aullido, salvaje y malvado. ¿Licántropos? Emma lo pensó, asombrada, pero ya había oído antes el aullido de los licántropos; eso era algo mucho más siniestro y cruel.

Livvy se apretujó contra el hombro de Ty. Éste alzó el rostro, completamente blanco, y deslizó la mirada sobre Emma para posarla sobre Julian.

—Si nos escondemos aquí —dijo Ty— y lo que sea eso nos encuentra y hacen daño a nuestra hermana, será culpa tuya.

Livvy escondía el rostro en Ty. Éste había hablado con calma, pero Emma no tenía ninguna duda de que lo decía en serio. A pesar del impresionante intelecto de Ty, a pesar de toda su rareza y su indiferencia hacia otra gente, era inseparable de su melliza. Si Livvy enfermaba, Ty dormía al pie de su cama; si ella sufría un arañazo, a él le entraba el pánico, y era lo mismo a la inversa.

Emma vio las emociones encontradas que recorrían el rostro de Julian; la buscó con la mirada y ella asintió disimuladamente. La idea de quedarse en la sala de entrenamiento y esperar a que lo que fuera que había hecho esos ruidos fuera hacia ellos, hacía que se sintiera como si la carne se le estuviera separando del hueso.

Julian cruzó la sala y regresó con una ballesta recurvada y dos dagas.

—Tienes que soltar a Livvy, Ty —dijo, y al cabo de un instante los mellizos se separaron. Jules le pasó una daga a Livvy y le ofreció la otra a Tiberius, que la miró como si fuera un bicho raro—. Ty —continuó Jules mientras bajaba la mano—, ¿por qué tenías las abejas en tu cuarto? ¿Qué te gustaba de ellas?

Ty no contestó.

—Te gustaba que trabajaran todas juntas, ¿verdad? —aventuró Julian—. Bueno, pues ahora nosotros tenemos que trabajar juntos. Vamos a ir al despacho y llamar a la Clave, ¿de acuerdo? Una llamada de emergencia. Para que vengan a protegernos.

Ty extendió la mano para tomar la daga mientras asentía con sequedad.

—Eso es lo que habría sugerido si Mark y Katerina me hubieran escuchado.

—Lo habría hecho —corroboró Livvy. Había tomado la daga con más seguridad que Ty, y la sujetaba como si supiera qué estaba haciendo con ella—. Eso era lo que Ty estaba pensando.

—Ahora no tenemos que hacer nada de ruido —indicó Jules—. Ustedes dos van a seguirme hasta el despacho. —Alzó los ojos y miró a Emma—. Emma va a ir a buscar a Tavvy y a Dru, y todos nos reuniremos allí. ¿De acuerdo?

El corazón de Emma subió y bajó en picada en el interior de su pecho como un pájaro marino. Octavius, Tavvy, el bebé, sólo de dos años. Y Dru, de ocho, aún demasiado pequeña para entrenarse. Claro que alguien tenía que ir por ellos. Y Jules se lo rogaba con la mirada.

—Sí —repuso Emma—. Eso es exactamente lo que voy a hacer.

* * *

Cortana le colgaba de la espalda a Emma, que también tenía un puñal en la mano. Creyó notar el metal palpitándole en las venas como un corazón mientras avanzaba sigilosamente por el pasillo del Instituto, con la espalda pegada a la pared. De vez en cuando pasaba frente a una ventana, y el panorama del mar azul, las montañas verdes y las tranquilas nubes blancas se burlaba de ella. Pensó en sus padres, en algún punto de la playa, totalmente ignorantes de lo que estaba ocurriendo en el Instituto. Deseó tenerlos allí, y al mismo tiempo se alegraba de que no fuera así. Al menos estaban a salvo.

Se hallaba en la parte del Instituto que mejor conocía: los aposentos de la familia. Pasó ante el dormitorio vacío de Helen, con la ropa amontonada y el cobertor polvoriento. Ante el de Julian, tan familiar después de haberse quedado a dormir allí millones de veces, y el de Mark, con la puerta bien cerrada. La siguiente habitación correspondía al señor Blackthorn, y justo al lado se hallaba la habitación de los niños. Emma respiró hondo y empujó la puerta con el hombro.

La visión con que se encontró en el cuartito pintado de azul le hizo abrir mucho los ojos por la sorpresa. Tavvy se hallaba en la cuna; agarraba las barras con las manitas y tenía las mejillas rojas de tanto llorar. Drusilla estaba ante la cuna con una espada en la mano (el Ángel sabría de dónde la habría sacado) apuntando directamente a Emma. A Dru le temblaba tanto la mano que la punta de la espada bailaba ante ella; las trenzas le sobresalían a ambos lados de la carita regordeta, pero la mirada en sus ojos Blackthorn era de una determinación de acero: «No te atrevas a tocar a mi hermano».

—Dru —dijo Emma tan bajo como pudo—. Dru, soy yo. Jules me ha enviado a buscarlos.

Dru dejó caer la espada y se echó a llorar. Emma pasó junto a ella, sacó al bebé de la cuna con el brazo que tenía libre y se lo sentó a horcajadas en la cadera. Tavvy era pequeño para su edad, pero aun así pesaba unos buenos once kilos; Emma hizo una mueca de dolor cuando el niño se le agarró del pelo.

—Memma —balbuceó el pequeño.

—Shuuu. —Lo besó en la coronilla. Olía a jabón de bebé y a lágrimas—. Dru, agárrate de mi cinturón. Vamos al despacho. Allí estaremos a salvo.

Dru se agarró con las manitas al cinturón de armas de Emma; ya había dejado de llorar. Los cazadores de sombras no lloraban mucho, aunque sólo tuvieran ocho años.

Emma los llevó al pasillo. Los ruidos que llegaban de abajo eran aún peores que antes. Los gritos seguían, el profundo aullido, el sonido de cristal rompiéndose y madera quebrándose. Emma avanzó lentamente, agarrando a Tavvy, murmurando sin parar que todo iría bien, que no le pasaría nada. Y pasó ante más ventanas, y el sol cayó sobre ellos sin piedad, casi cegándola.

Estaba cegada, de pánico y por el sol; esa sería la única explicación posible de su equivocación en el siguiente cruce. Se metió en otro pasillo, y en vez de encontrarse en el corredor que esperaba, se halló en lo alto de una amplia escalinata que llevaba al vestíbulo y a la gran puerta de dos hojas de la entrada principal.

El vestíbulo estaba lleno de cazadores de sombras. Algunos sabía que eran los nefilim del Cónclave de Los Ángeles, vestidos de negro; otros vestían de rojo. Había filas de estatuas, y algunas estaban caídas, hechas pedazos o machacadas. El gran ventanal que daba al mar estaba destrozado; había cristales y sangre por todas partes.

Emma notó que se le revolvía el estómago. En medio del vestíbulo se hallaba un hombre alto vestido de escarlata. Era muy rubio, el pelo casi blanco, y su rostro parecía el tallado rostro marmóreo de

Raziel, sólo que totalmente carente de piedad. Los ojos eran negros como la brea, y en una mano llevaba una espada grabada con un dibujo de estrellas; en la otra, una copa hecha de resplandeciente *adamás*.

Al ver la copa, Emma recordó algo. A los adultos no les gustaba hablar de política cuando había cerca jóvenes cazadores de sombras, pero Emma sabía que el hijo de Valentine Morgenstern se había cambiado el nombre y había jurado vengarse de la Clave. Sabía que había hecho una copa opuesta a la copa del Ángel, que volvía malos a los cazadores de sombras, los convertía en criaturas demoníacas. Había oído al señor Blackthorn llamar Oscurecidos a los cazadores de sombras convertidos, y dijo que prefería morir a convertirse en uno de ellos.

Por tanto, ese era él, Jonathan Morgenstern, a quien todo el mundo llamaba Sebastian, un personaje salido de un cuento de hadas hecho realidad, un cuento para asustar a los niños. El hijo de Valentine.

Emma puso la mano en la nuca de Tavvy y le hundió el rostro en su hombro. No podía moverse. Se sentía como si tuviera plomo en los pies. Sebastian estaba rodeado de cazadores de sombras rojos y negros, y de otra gente con capas oscuras. ¿Serían también cazadores de sombras? No podía saberlo; tenían el rostro oculto. Y ahí estaba Mark. Un cazador de sombras vestido de rojo le sujetaba las manos a la espalda, y tenía la ropa manchada de sangre.

Sebastian alzó la mano e hizo una señal con un dedo largo y blanco.

—Tráingala —ordenó. Hubo un murmullo entre la gente y el señor Blackthorn se acercó arrastrando a Katerina tras él. Ella se resistía y lo golpeaba con los puños, pero él era demasiado fuerte. Emma observó con incrédulo horror al señor Blackthorn obligar a Katerina a ponerse de rodillas.

—Ahora —dijo Sebastian con voz aterciopelada—, bebe de la Copa Infernal.—Y le metió a Katerina la copa entre los labios.

Entonces fue cuando Emma descubrió de dónde provenían los terribles aullidos que había oído antes. Katerina trató de soltarse, pero Sebastian era demasiado fuerte, y Emma la vio tragar a la fuerza. Katerina se apartó, y en esta ocasión el señor Blackthorn no la retuvo; se reía, igual que Sebastian. Katerina cayó al suelo entre espasmos y de su garganta se alzó un solo grito, o algo peor que un grito, un aullido de dolor como si le estuvieran arrancando el alma del cuerpo.

Una carcajada recorrió la sala. Sebastian sonrió, y había en él algo horrible y hermoso al mismo tiempo, del mismo modo que había algo horrible y hermoso en las serpientes venenosas y en los enormes tiburones blancos. Emma se fijó en que estaba flanqueado por dos personajes: una mujer de cabello canoso con un hacha en las manos, y un hombre alto completamente envuelto en una capa negra. Lo único visible de él eran unas botas negras por debajo de la capa. Su altura y la anchura de sus hombros la hicieron pensar que era un hombre fuerte.

—¿Es el último cazador de sombras que hay aquí? —preguntó Sebastian.

—Está el chico, Mark Blackthorn —contestó la mujer que estaba a su lado mientras apuntaba a Mark con el dedo—. Debe ser lo suficientemente mayor.

Sebastian miró a Katerina, que había dejado de sacudirse y yacía inmóvil, el oscuro cabello enredado sobre el rostro.

—Levántate, hermana Katerina —dijo Sebastian—. Ve y tráeme a Mark Blackthorn.

Clavada en el lugar, Emma observó cómo Katerina se levantaba lentamente. Katerina había sido su tutora en el Instituto desde que Emma podía recordar; era su profesora cuando Tavvy nació, cuando la madre de Jules murió, cuando Emma comenzó el entrenamiento físico. Les había enseñado idiomas, vendado sus heridas, limpiado arañazos y dado sus primeras armas: había sido como de la familia, y en ese momento avanzó, con ojos muertos, sobre el destrozado suelo y tomó a Mark.

Dru ahogó un grito, lo que hizo que Emma reaccionara. Se dio la vuelta y le puso a Tavvy en los brazos; Dru se tambaleó un poco pero recuperó el equilibrio y sujetó a su hermano con fuerza.

—Corre —le ordenó Emma—. Corre al despacho. Dile a Julian que enseguida voy.

La urgencia en la voz de Emma era evidente. Drusilla no discutió, agarró a Tavvy con más fuerza y salió corriendo. Sus piecitos descalzos no hacían ningún ruido contra el suelo. Emma se volvió a mirar el horror que tenía delante. Katerina estaba detrás de Mark, empujándolo, con una daga entre los omoplatos. Se tambaleó y estuvo a punto de caer ante Sebastian. Ahora Mark se hallaba más cerca de la escalera, y Emma pudo ver que había estado luchando. Vio que tenía heridas en las muñecas y las manos, cortes en el rostro; sin duda no había habido tiempo para las runas curativas. Tenía la mejilla derecha cubierta de sangre. Sebastian lo miró y torció el gesto, molesto.

—Éste no es nefilim del todo —manifestó—. Parte de hada, ¿me equivoco? ¿Por qué no se me ha informado?

Se oyó un murmullo.

—¿Quiere eso decir que la Copa no funcionará con él, lord Sebastian? —preguntó la mujer canosa.

—Quiere decir que yo no lo quiero —replicó Sebastian.

—Lo podemos llevar al valle de sal —sugirió la mujer canosa—. O a los altos de Edom, y sacrificarlo allí para complacer a Asmodeus y Lilith.

—No —contestó Sebastian lentamente—. No, creo que no sería buena idea hacerle eso a uno con la sangre de los seres mágicos.

Mark le escupió.

Sebastián pareció sorprendido. Se volvió hacia el padre de Julian.

—Ve y llévatelo —le ordenó—. Mátalo, si quieres. No voy a tener paciencia con tu hijo mestizo.

El señor Blackthorn se acercó con un sable en la mano. La hoja ya estaba manchada de sangre. Mark abrió los ojos aterrorizado. El sable se alzó.

El cuchillo dejó la mano de Emma, cortó el aire y se hundió en el pecho de Sebastian Morgenstern.

Éste trastabilló unos pasos hacia atrás, y la mano con la que el señor Blackthorn sujetaba la espada descendió. Los otros gritaron. Mark se puso en pie de un salto mientras Sebastian miraba la daga que tenía clavada en el pecho, el mango a la altura del corazón. Frunció el ceño.

—¡Au! —exclamó y se arrancó el cuchillo. La hoja estaba cubierta de sangre, pero a Sebastian ni tan sólo parecía molestarle la herida. Tiró el arma y alzó la mirada. Emma sintió esos ojos negros y vacíos sobre ella, como el tacto de unos dedos fríos. Notó que él la evaluaba, la resumía y la reconocía, y luego pasaba de ella.

—Es una pena que no vayas a vivir —le dijo—. Vivir para contarle a la Clave que Lilith me ha fortalecido más allá de todo límite. Quizá *Gloriosa* pudiera acabar con mi vida. Es una pena para los nefilim no poder pedir más favores al Cielo, y que ninguno de esos tontos instrumentos de guerra que forjan en su Ciudadela Infracta puedan herirme ya. —Se volvió hacia los otros—. Maten a esa niña —ordenó mientras se sacudía la ensangrentada chaqueta en un gesto de desagrado.

Emma vio que Mark se lanzaba hacia la escalera, intentando llegar a ella primero, pero la persona envuelta en la capa oscura junto a Sebastian lo agarró enseguida y tiró de él hacia atrás con sus manos enguantadas. Sus brazos rodearon a Mark, lo sujetaron, casi como si lo protegieran. Mark forcejeaba, y luego Emma dejó de verlo mientras los Oscurecidos corrían en su dirección.

Emma echó a correr. Había aprendido a correr en las playas de California, donde la arena se movía bajo los pies a cada paso, así que sobre un suelo firme era rápida como el rayo. Se lanzó por el pasillo, con el cabello flotando a su espalda; bajó de un salto unos escalones, torció a la derecha y entró en el despacho a toda prisa. Cerró la puerta tras de sí y echó el pasador antes de volverse a mirar.

El despacho era una estancia de buen tamaño, con las paredes

cubiertas de libros. Había otra biblioteca en el último piso, pero ahí era desde donde el señor Blackthorn había dirigido el Instituto. Estaba su escritorio de caoba, y sobre él dos teléfonos: uno blanco y otro negro. El auricular del teléfono negro estaba descolgado y lo sujetaba Julian, que hablaba a gritos:

—¡Tienen que dejar abierto el Portal! ¡Aún no estamos a salvo! Por favor...

Se oyó un fuerte golpe en la puerta cuando los Oscurecidos se lanzaron contra ella. Julian alzó una mirada asustada y el auricular le cayó de las manos al ver a Emma. Ella le devolvió la mirada y luego miró más allá, hacia donde toda la pared este refulgía brillante. En el centro había un Portal, un agujero rectangular a través del cual Emma podía ver sinuosas formas plateadas, un caos de nubes y viento.

Avanzó hacia Julian y éste la tomó por los hombros. Le clavó los dedos con fuerza en la piel, como si no pudiera creer que ella estuviera allí, o que fuera real.

—Emma —suspiró, y luego habló deprisa—. Em, ¿dónde está Mark? ¿Dónde está mi padre?

Emma negó con la cabeza,

—No pueden... No he podido... —Tragó saliva—. Es Sebastian Morgenstern —logró decir. Y se estremeció cuando la puerta tembló bajo otra embestida—. Tenemos que volver por ellos... —decidió al tiempo que se daba la vuelta, pero Julian ya la había agarrado por la muñeca.

—¡El Portal! —gritó por encima del ruido del viento y los golpes en la puerta—. ¡Lleva a Idris! ¡Lo ha abierto la Clave! Emma... ¡sólo estará abierto unos segundos más!

—¡Pero Mark...! —insistió ella, aunque no tenía ni idea de qué podrían hacer, de cómo abrirse paso entre la multitud de Oscurecidos que se apiñaba en el vestíbulo, de cómo vencer a Sebastian Morgenstern, que era mucho más poderoso que cualquier cazador de sombras normal—. Tenemos que...

—¡Emma! —gritó Julian, y entonces la puerta se abrió de golpe y los Oscurecidos entraron en tropel en la sala.

Emma oyó a la mujer canosa gritar algo, algo sobre que los nefilim iban a arder, que todos arderían en las hogueras de Edom, que arderían y morirían y serían destruidos.

Julian saltó hacia el Portal arrastrando a Emma de la mano. Después de un aterrorizado vistazo a lo que había a su espalda, ésta se dejó llevar. Esquivó una flecha que pasó entre ellos y destrozó una ventana a su derecha. Julian la tomó a toda prisa y la rodeó con los brazos; ella notó como lo agarraba de la camisa mientras ambos caían hacia el Portal y se los tragaba la tempestad.

Primera Parte

Sacaré un fuego

Por tanto, de ti mismo sacaré un fuego que te devorará y te reducirá a ceniza sobre la tierra ante los ojos de todos los que te admiraban. Todos los que te conocían quedarán consternados por tu suerte: serás un objeto de espanto y desaparecerás para siempre.

Ezequiel 28: 18-19

LA PORCIÓN DE SU COPA

—Imagínate algo relajante. La playa de Los Ángeles... arena blanca, agua azul claro, tú paseándote por la orilla...

Jace abrió un ojo.

—Suena muy romántico.

El chico sentado frente a él suspiró y se pasó las manos por el desgreñado cabello oscuro. Aunque era un frío día de diciembre, los licántropos no notaban las bajas temperaturas tanto como los humanos, y Jordan se había sacado la chaqueta y se había subido las mangas. Estaban sentados uno frente al otro sobre un lecho de hierba amarillenta en un claro de Central Park, ambos con las piernas cruzadas, las manos sobre las rodillas y las palmas hacia arriba.

Un montículo rocoso se alzaba cerca de ellos. Había rocas grandes y pequeñas a partes iguales, y sobre una de las grandes se hallaban sentados Alec e Isabelle Lightwood. Cuando Jace alzó la mirada, Isabelle lo estaba mirando y le lanzó un saludo de ánimo. Alec, al ver ese gesto, le dio en el hombro. Jace lo vio reñir a Izzy, probablemente diciéndole que no debía desconcentrar a Jace. Éste sonrió para sí. Ninguno de ellos tenía una razón para estar allí, pero de todas formas habían acudido, como «apoyo moral». Aunque Jace sospechaba que tenía más que ver con que Alec, últimamente, no soportaba estar sin

hacer algo; Isabelle no soportaba que su hermano estuviera solo, y ambos querían evitar estar con sus padres y en el Instituto.

Jordan chasqueó los dedos bajo la nariz de Jace.

—¿Estás prestando atención?

Jace frunció el ceño.

—Lo estaba, hasta que entramos en el terreno de los malos anuncios de viajes.

—Bueno, ¿qué es lo que te hace sentirte tranquilo y relajado?

Jace levantó las manos de las rodillas; en la posición del loto estaba empezando a notar calambres en las muñecas. Echó los brazos hacia atrás y se apoyó en ellos. Un viento helado agitó las pocas hojas muertas que aún colgaban de las ramas de los árboles. Contra el pálido cielo invernal, las hojas adquirían cierta elegancia, como dibujos hechos a tinta con plumilla.

—Matar demonios —contestó Jace—. Acabar con uno limpiamente es muy relajante. Los chapuceros son más molestos, porque después tienes que limpiar...

—No. —Jordan alzó las manos. Bajo las mangas de la camisa eran visibles los tatuajes que le rodeaban los brazos. *Shaantih, shaantih, shaantih*. Jace sabía que significaba «la paz que va más allá de la comprensión», y que supuestamente debía repetir la palabra tres veces, siempre que recitabas el mantra, para relajar la mente. Pero últimamente nada parecía relajarlo. El fuego en sus venas hacía que la mente también le fuera a cien; los pensamientos le llegaban demasiado deprisa, una tras otro, como fuegos artificiales al estallar. Sueños tan vívidos y cargados de color como cuadros al óleo. Había probado entrenar hasta agotarse; horas y horas en la sala de entrenamiento; sangre, moretones y sudor, y una vez, hasta dedos rotos. Pero no había conseguido mucho más que irritar a Alec pidiéndole runas de sanación y, en una ocasión memorable, hacer arder las vigas.

Había sido Simon quien le había contado que su compañero de piso meditaba todos los días, y quien le había dicho que adoptar esa costumbre era lo que le había calmado los incontrolables ataques de

rabia que a menudo formaban parte de la transformación en licántropo. Después de eso, no había costado nada que Clary le sugiriera a Jace que «por qué no lo probaba», y ahí estaban, en su segunda sesión. La primera había acabado cuando Jace había dejado una marca ardiente en el suelo de parquet de Simon y Jordan; por eso este último había sugerido que, para su segunda sesión, fueran a alguna otra parte y así evitar más daños a su propiedad.

—Nada de matar —dijo Jordan—. Estamos intentando que estés tranquilo. Sangre, muerte, guerra; eso no son cosas tranquilas. ¿No hay nada más que te guste?

—Las armas —contestó Jace—. Me gustan las armas.

—Comienzo a pensar que tenemos un problema de filosofía personal.

Jace se echó hacia adelante, las palmas apoyadas sobre la hierba.

—Soy un guerrero —replicó—. Me criaron como a un guerrero. No tuve juguetes, tuve armas. Dormí con una espada de madera hasta los cinco años. Mis primeros libros eran demonologías medievales con dibujos. Las primeras canciones que aprendí fueron los cantos para hacer desaparecer a los demonios. Sé lo que me tranquiliza, y no son las playas doradas o los pajaritos cantando en la jungla. Quiero un arma en la mano y una estrategia para vencer.

Jordan lo miró a los ojos.

—Me estás diciendo que lo que te da paz es la guerra.

Jace alzó las manos y se puso en pie, luego se sacudió la hierba de los jeans.

—Por fin lo entiendes. —Oyó el crujido de la hierba seca y se volvió a tiempo de ver a Clary escabullirse en un espacio entre dos árboles y aparecer en el claro, con Simon sólo unos pasos por detrás. Clary tenía las manos en los bolsillos traseros y se estaba riendo.

Jace los observó durante un momento; era curioso mirar a gente que no sabía que estaba siendo observada. Recordó la segunda vez que había visto a Clary, al otro lado del salón principal de Java Jones. Ella reía y hablaba con Simon del mismo modo en que lo estaba ha-

ciendo en ese momento. Recordaba la desconocida punzada de celos en el pecho, el aliento contenido, la sensación de satisfacción cuando ella dejó a Simon y fue a hablar con él.

Las cosas habían cambiado. Había pasado de estar consumido de celos por Simon a respetar a regañadientes su tenacidad y valor, y hasta llegar a considerarlo un amigo, aunque dudaba de que nunca fuera a decir eso en voz alta. Jace observó a Clary lanzarle un beso mientras se alejaba con la melena roja recogida en una colita saltando a su espalda. Era demasiado pequeña; delicada como una muñeca. Eso es lo que había pensado alguna vez, antes de enterarse de lo fuerte que era.

Clary fue hacia Jace y Jordan, y dejó a Simon escalar el terreno rocoso hasta donde estaban Alec e Isabelle. A llegar se dejó caer junto a Isabelle, que inmediatamente se inclinó hacia él para decirle algo, la cortina de su negra melena ocultándole el rostro.

Clary se detuvo ante Jace, meciéndose sobre los talones y sonriendo.

—¿Qué tal va?

—Jordan quiere que piense en la playa —respondió Jace muy serio.

—Es obstinado —le dijo Clary a Jordan—. Lo que quiere decir es que te lo agradece.

—La verdad es que no —replicó Jace.

Jordan soltó un bufido.

—Sin mí estaría dando saltos por la avenida Madison, con chispas saliéndole de todos los orificios. —Se puso en pie y se enfundó su chaqueta verde—. Tu novio está loco —le dijo a Clary.

—Sí, pero está bueno —repuso Clary—. Eso es lo que tiene.

Jordan hizo una mueca, pero de buen humor.

—Me voy —dijo—. He quedado con Maia en el centro. —Hizo una imitación de un saludo militar y se marchó; se metió entre los árboles y desapareció con el paso silencioso del lobo que era bajo la piel. Jace lo observó alejarse.

«Un salvador realmente inesperado», pensó.

Seis meses atrás no habría creído a nadie que le hubiera dicho que iba a terminar tomando clase de comportamiento de un licántropo.

Jordan, Simon y Jace habían entablado algo parecido a una amistad en los últimos meses. Jace no podía evitar emplear el departamento de los otros dos como refugio, un lugar fuera de las presiones diarias del Instituto, lejos de todo lo que le recordaba que la Clave seguía sin estar preparada para la guerra contra Sebastian.

Erchomai.

Esa palabra rozó la mente de Jace como si fuera una pluma y lo hizo estremecerse. Vio el ala de un ángel arrancada del cuerpo, en medio de un charco de sangre dorada.

«Voy de camino.»

* * *

—¿Qué pasa? —preguntó Clary.

De repente, Jace parecía estar a un millón de kilómetros de allí. Desde que el fuego celestial le había entrado en el cuerpo, tendía a perderse más a menudo dentro de su cabeza. Clary tenía la sensación de que era uno de los efectos secundarios de reprimir sus emociones. Notó una pequeña punzada. Jace, cuando ella lo conoció, era tan controlado, sólo un hilo de su yo real se había escapado entre las grietas de su armadura emocional, como luz entre las rendijas de una pared. Había costado mucho romper esas defensas. En esos momentos, sin embargo, el fuego que tenía en las venas lo estaba obligando a levantarlas de nuevo, a reprimir sus emociones en aras de la seguridad. Pero cuando el fuego se apagara, ¿sería capaz de volver a desmantelarlas?

Jace parpadeó; la voz de Clary lo había hecho regresar. El sol invernal era alto y frío, le afilaba los huesos del rostro y le daba relieve a las ojeras. Jace le tomó la mano y respiró hondo.

—Tienes razón —dijo en la voz más baja y seria que reservaba

sólo para ella—. Sí que me ayudan... las clases con Jordan. Me ayudan y se lo agradezco.

—Lo sé. —Clary le rodeó la cintura con el brazo. Le notó la piel caliente; desde su encuentro con *Gloriosa* parecía tener un par de grados más de lo normal. El corazón aún marcaba su ritmo conocido y firme, pero la sangre que le pasaba por las venas parecía pulsar bajo el tacto de Clary con la energía cinética de un fuego a punto de prender.

Se puso de rodillas para besarlo en la mejilla, pero él se volvió y sus labios se rozaron. Desde que el fuego había comenzado a rugirle en las venas, sólo se habían besado, e incluso eso, con cuidado. Jace rozó suavemente la boca de ella, cerrándole la mano en el hombro. Durante un momento se quedaron cuerpo contra cuerpo, y ella notó el golpeteo y el latido de la sangre de Jace. Él la acercó más a sí, y una chispa punzante y seca saltó entre ellos, con el chasquido de la electricidad estática.

Jace rompió el beso y se apartó soltando el aire contenido. Antes de que Clary pudiera decir nada, un coro de aplausos sarcásticos se elevó desde la colina cercana. Simon, Isabelle y Alec los saludaron con la mano. Jace hizo una reverencia mientras Clary se apartaba con timidez y colgaba los pulgares del cinturón de los jeans.

Jace suspiró.

—¿Vamos con nuestros molestos amigos *voyeurs*?

—Por desgracia, son los únicos amigos que tenemos. —Clary le dio con el hombro en el brazo y fueron hacia las rocas. Simon e Isabelle estaban juntos, hablando en voz baja. Alec se sentaba un poco aparte, y miraba la pantalla de su celular con una expresión de intensa concentración.

Jace se dejó caer junto a su *parabatai*.

—He oído decir que si miras esas cosas lo suficiente, acaban por sonar.

—Ha estado enviando mensajes a Magnus —reveló Isabelle, echándole una mirada de desaprobación.

—No es cierto —replicó Alec automáticamente.

—Sí que lo es —rebatió Jace, y estiró el cuello para mirar por encima del hombro de Alec—. Y llamándolo. Puedo ver tus llamadas realizadas.

—Es su cumpleaños —se excusó Alec, y cerró su celular. Esos días parecía más pequeño, casi demacrado bajo su gastado suéter azul con agujeros en los codos; los labios mordidos y resecos. A Clary le daba pena. Se había pasado las primeras semanas después de que Magnus rompiera con él en una especie de duermevela de tristeza e incredulidad. Ninguno de ellos podía creerlo. Clary siempre había pensado que Magnus amaba a Alec, que lo amaba de verdad; y era evidente que Alec también lo había creído.

—No quería que pensara que yo no... que pensara que me había olvidado.

—Estás comiéndote el coco —lo reconvinó Jace.

Alec se encogió de hombros.

—Mira quién habla. «Oh, la quiero. Oh, es mi hermana. Oh ¿por qué, por qué...?»

Jace le tiró un puñado de hojas secas a la cara, y Alec tuvo que escupir.

Isabelle se rió.

—Sabes que tiene razón, Jace.

—Dame tu celular —ordenó Jace, sin hacer caso a Isabelle—. Va, Alexander.

—No es asunto tuyo —replicó Alex, apartando el celular—. Olvídate, ¿de acuerdo?

—No comes, no duermes, te pasas el día mirando el celular, y ¿se supone que debo olvidarlo? —soltó Jace. Su voz sonaba muy agitada; Clary sabía lo mal que le hacía que Alec fuera infeliz, pero no estaba tan segura de que Alec lo supiera. En circunstancias normales, Jace habría matado, o al menos amenazado, a cualquiera que hubiera hecho daño a Alec, pero esto era diferente. A Jace le gustaba ganar, pero no se podía ganar cuando se trataba de un corazón roto, incluso si era el de otra persona, de alguien a quien se quería.

Jace se inclinó y le arrebató el celular de las manos a su *parabatai*. Alec protestó y trató de recuperarlo, pero Jace lo sujetó con una mano mientras con la otra pasaba hábilmente por la pantalla de mensajes.

—«Magnus, llámame. Necesito saber si estás bien...» —Jace negó con la cabeza—. Bien, no. Simplemente no. —Con un movimiento firme partió el celular en dos. La pantalla se quedó en blanco y Jace dejó caer los trozos al suelo—. Aquí lo tienes.

Alec miró los restos sin poder creerlo.

—¡Me has ROTO EL CELULAR!

Jace se encogió de hombros.

—Los tipos no dejan que los otros tipos no paren de llamar a otros tipos. De acuerdo, eso ha quedado muy mal. Los amigos no dejan que sus amigos no paren de llamar a sus ex y colgar. Tienes que parar.

Alec parecía furioso.

—Así que has roto mi celular nuevo, ¿no? Pues muchas gracias.

Jace sonrió beatíficamente y se tumbó sobre la roca.

—De nada.

—Míralo por el lado bueno —intervino Isabelle—. No podrás recibir más mensajes de mamá. Hoy ya me ha escrito seis veces. He apagado el teléfono. —Se palmeó el bolsillo mientras le lanzaba una mirada cómplice.

—¿Y qué quiere? —preguntó Simon.

—Reuniones constantes —respondió Isabelle—. Declaraciones. La Clave sigue queriendo oír lo que pasó cuando luchamos contra Sebastian en el Burren. Todos hemos tenido que contarlo como unas cincuenta veces. Cómo Jace absorbió el fuego celestial de *Gloriosa*. Descripciones de los cazadores oscuros, la Copa Infernal, las armas que usaban, las runas que llevaban encima. Cómo íbamos vestidos, cómo iba vestido Sebastian, cómo iba vestido cada uno. Igual que una línea porno, pero aburrido.

Simon hizo un sonido ahogado.

—Qué creemos que quiere Sebastian —añadió Alec—. Cuándo volverá. Qué hará cuando vuelva.

Clary apoyó los codos en las rodillas.

—Siempre es bueno saber que la Clave tiene un plan bien pensado y seguro.

—No quieren creerlo —dijo Jace, mirando al cielo—. Ése es el problema. Por muchas veces que les contemos lo que vimos en el Burren; por mucho que les digamos lo peligrosos que son los Oscurecidos. No quieren creer que se pueda corromper a los nefilim; que los propios cazadores de sombras puedan matar a cazadores de sombras.

Clary había estado allí cuando Sebastian creó a los primeros Oscurecidos. Había visto la falta de expresión en sus ojos, la furia con la que luchaban. Aquello la había aterrorizado.

—Ya no son cazadores de sombras —añadió en voz baja—. Ya no son personas.

—Es difícil de creer si no lo has visto —apuntó Alec—. Y Sebastian sólo tiene a unos cuantos. Una pequeña fuerza, repartida; no quieren creer que sea una auténtica amenaza. O si es una amenaza, prefieren creer que era más una amenaza para nosotros, los de Nueva York, que para todos los cazadores de sombras en general.

—No se equivocan al pensar que si a Sebastian le importa algo, ese algo es Clary —admitió Jace, y Clary sintió un escalofrío en la espalda, una mezcla de asco y recelo—. No tiene sentimientos, no como nosotros, pero si los tuviera, los tendría por ella. Y los tiene con Jocelyn. La odia. —Se detuvo pensativo—. Pero no creo que vaya a atacar directamente aquí. Demasiado... evidente.

—Espero que le hayas dicho eso a la Clave —dijo Simon.

—Como unas mil veces —asintió Jace—. Creo que no tiene una gran opinión de mis percepciones.

Clary se miró las manos. Había declarado ante la Clave, como todos ellos; había respondido a todas sus preguntas. Aunque había cosas sobre Sebastian que no les había contado, que no había contado a nadie. Cosas que él le había dicho que quería de ella.

No había soñado mucho desde que habían regresado del Burren

con las venas de Jace llenas de fuego, pero en esas pocas ocasiones había tenido pesadillas. Siempre eran sobre su hermano.

—Es como tratar de luchar contra un fantasma —soltó Jace—. No pueden localizar a Sebastian, no pueden encontrarlo, no pueden encontrar a los cazadores de sombras que ha transformado.

—Están haciendo todo lo posible —intervino Alec—. Están reforzando todas las salvaguardas alrededor de Idris y Alacante. Todas las salvaguardas, de hecho. Han enviado docenas de expertos a la isla de Wrangel.

La isla de Wrangel era el centro de todas las salvaguardas del mundo, los hechizos que protegían el globo, y a Idris en particular, de los demonios y sus invasiones. La red de salvaguardas no era perfecta, y a veces se colaban algunos demonios, pero Clary no quería ni imaginarse lo mal que se pondrían las cosas si las salvaguardas dejaran de existir.

—He oído decir a mamá que los brujos del Laberinto Espiral han estado buscando un modo de invertir los efectos de la Copa Infernal —comentó Isabelle—. Claro que sería mucho más fácil si tuvieran los cadáveres para estudiarlos...

Dejó la frase a medias; Clary sabía por qué. Los cadáveres de los cazadores oscuros muertos en el Burren se habían llevado a la Ciudad de Hueso para que los examinaran los Hermanos Silenciosos. Pero los Hermanos no habían tenido esa oportunidad. En una noche, los cadáveres se habían descompuesto como si llevaran décadas muertos. Lo único que pudieron hacer fue quemar los restos.

Isabelle continuó con lo que estaba diciendo.

—Y las Hermanas de Hierro están haciendo armas a destajo. Estamos recibiendo miles de cuchillos serafines, espadas, *chakhrams*, de todo... forjados con fuego celestial. —Miró a Jace. En los días después de la batalla del Burren, cuando el fuego le ardía a Jace en las venas con una violencia que a veces le hacía gritar de dolor, los Hermanos Silenciosos lo había examinado una y otra vez, le habían hecho pruebas con hielo y llamas, con metal bendito y frío hierro,

tratando de ver si había alguna manera de extraerle el fuego, de contenerlo.

No la habían encontrado. El fuego de *Gloriosa*, que antes había estado contenido en una espada, parecía no tener ninguna prisa en habitar otra, o en cambiar el cuerpo de Jace por cualquier otro contenedor. El hermano Zachariah le había dicho a Clary que, en los primeros días de los cazadores de sombras, los nefilim había tratado de atrapar el fuego celestial en un arma, algo que pudiera blandirse contra los demonios. Nunca lo habían conseguido, y finalmente los cuchillos serafines habían pasado a ser su mejor arma. Al final, los Hermanos Silenciosos habían vuelto a rendirse. El fuego de *Gloriosa* quedó enrollado en las venas de Jace como una serpiente, y lo mejor que podían esperar era conseguir controlarlo para que no lo destruyera.

Se oyó el pitido de un mensaje de texto entrante; Isabelle había vuelto a encender el celular.

—Mamá dice que volvamos ya al Instituto —explicó—. Hay una reunión. Tenemos que asistir. —Se puso en pie y se sacudió el vestido—. Te invitaría a venir —le dijo a Simon—, pero ya sabes, estás excluido por ser un no muerto y todo eso.

—Lo sé—asintió Simon mientras se ponía en pie. Clary se levantó y le tendió la mano a Jace. Éste la tomó y se incorporó.

—Simon y yo nos vamos de compras de Navidad —informó Clary—. Y no pueden venir ninguno de ustedes, porque vamos a comprar sus regalos.

Alec parecía horrorizado.

—Oh, Dios. ¿Quiere decir eso que tengo que comprarles regalos? Clary negó con la cabeza.

—¿Acaso los cazadores de sombras no...? Ya saben..., Navidad. —De repente recordó un día de Acción de Gracias bastante angustioso en casa de Luke, cuando Jace, al pedirle que trinchara el pavo, se había lanzado sobre el bicho con una espada hasta que no quedaron más que finas láminas del ave. Quizá no.

—Intercambiamos regalos, honramos el cambio de estaciones —contestó Isabelle—. Solíamos tener una fiesta invernal del Ángel. Celebraba el día que Jonathan Cazador de Sombras recibió los Instrumentos Mortales. Creo que los cazadores de sombras se enfadaron por no poder disfrutar de las celebraciones mundanas, así que muchos Institutos hacen fiestas de Navidad. La del de Londres es famosa. —Se encogió de hombros—. Pero no creo que nosotros vayamos a hacer una... este año.

—Oh. —Clary se sintió fatal. Claro que no quería celebrar la Navidad después de perder a Max—. Bueno, al menos dejen que les compremos los regalos. No tiene por qué haber una fiesta ni nada de eso.

—De acuerdo. —Simon alzó los brazos—. Yo tengo que comprar regalos de Hanukkah. Es obligatorio según la ley judía. El Dios de los judíos es un Dios furioso. Y le gustan los regalos.

Clary le sonrió. A Simon cada vez le costaba menos decir la palabra «Dios».

Jace suspiró y besó a Clary; un rápido roce de despedida de los labios en la sien de ella, pero la hizo estremecerse. No poder tocar ni besar a Jace estaba comenzando a ponerla muy nerviosa. Le había prometido que nunca importaría, que lo amaría incluso si no podía volver a tocarlo, pero odiaba esa situación, odiaba perderse la sensación de seguridad que siempre le daba el modo en que encajaban juntos físicamente.

—Te veré después —dijo Jace—. Vuelvo con Alec e Izzy...

—No, para nada —exclamó Isabelle inesperadamente—. Le has roto el celular a Alec. Cierto que todos llevábamos semanas queriendo que lo hicieras...

—¡Isabelle! —exclamó Alec.

—Pero eres su *parabatai*, y el único que no ha ido a ver a Magnus. Ve a hablar con él.

—¿Y a decirle qué? —replicó Jace—. No puedes convencer a la gente para que no rompa contigo... O quizá sí —añadió rápidamente al ver la expresión de Alec—. ¿Quién puede decirlo? Iré a probar.

—Gracias. —Alec le dio una palmada en el hombro—. He oído que, cuando quieres, puedes ser encantador.

—Yo también lo he oído —replicó Jace, y echó a correr de espaldas. Incluso eso lo hacía con gracia, pensó Clary tristemente. Y sexy. Sin duda también resultaba sexy. Alzó la mano para despedirse sin ganas.

—Hasta luego —dijo, y pensó para sí: «Si aún no he muerto de frustración».

* * *

Los Fray nunca habían sido una familia religiosa, pero a Clary le encantaba la Quinta Avenida en Navidad. El aire olía a castañas asadas, y las vidrieras brillaban de color plata y azul, verde y rojo. Ese año había gruesos cristales redondos haciendo de copos de nieve en todos los faroles, y reflejaban los rayos del sol invernal en colores dorados. Por no hablar del enorme árbol ante el Rockefeller Center. Su sombra cayó sobre ellos cuando se pegaron a la verja que rodeaba la pista de patinaje para observar a los turistas caer mientras trataban de avanzar sobre el hielo.

Clary sujetaba en las manos un vaso de chocolate caliente, y su calor se le extendía por el cuerpo. Se sentía casi normal; eso, ir a la Quinta para ver las vidrieras y el árbol, había sido una tradición invernal de Simon y ella desde que podía recordar.

—Es como en los viejos tiempos, ¿verdad? —comentó Simon, haciéndose eco de los pensamientos de Clary mientras apoyaba la barbilla en los brazos doblados.

Ella lo miró de reojo. Simon llevaba un abrigo negro y una bufanda negra que acentuaban la palidez de su piel. Tenía los ojos ensombrecidos, lo que indicaba que no se había alimentado de sangre recientemente. Aparentaba lo que era: un vampiro hambriento y cansado.

«Bueno —pensó Clary—. Casi como en los viejos tiempos.»

—Más gente a la que comprar regalos —dijo en voz alta—. Ade-

más de la siempre traumática pregunta de qué comprar en las primeras Navidades a alguien con quien has empezado a salir.

—¿Qué comprarle a un cazador de sombras que lo tiene todo? —bromeó Simon sonriendo.

—Lo que más le gusta a Jace son las armas —dijo Clary—. También le gustan los libros, pero tiene una enorme biblioteca en el Instituto. Le gusta la música clásica... —Se animó de repente. Simon era músico. Aunque su grupo era terrible y siempre estaba cambiando de nombre (en ese momento se llamaban Sufilé Letal), era evidente que tenía formación musical—. ¿Qué le regalarías a alguien a quien le gusta tocar el piano?

—Un piano.

—Simon...

—¿Un enorme metrónomo que también pueda emplear como arma?

Clary suspiró exasperada.

—Partituras. Rachmaninoff es difícil, pero a él le gustan los retos.

—Buena idea. Voy a ver si hay alguna tienda de música por aquí. —Clary, acabado el chocolate, tiró el vaso a un cesto y sacó el celular—. ¿Y tú qué? ¿Qué le vas a regalar a Isabelle?

—No tengo ni la más remota idea —contestó Simon. Comenzaron a caminar hacia la avenida, donde un torrente de peatones se acumulaba delante de las vidrieras atascando la calle.

—Oh, vamos. Isabelle es fácil.

—Estás hablando de mi novia. —Simon frunció las cejas—. Eso creo. No estoy seguro. No lo hemos hablado. Lo de la relación, me refiero.

—Tienes que DLR, Simon.

—¿Qué?

—Definir la relación. Qué es, hacia dónde va... ¿Son novios, es sólo por divertirse, «es complicado» o qué? ¿Cuándo se lo va a decir a sus padres? ¿Puedes ver a otra gente?

Simon palideció aún más.

—¿Qué? ¿De verdad?

—De verdad. Mientras tanto... ¡perfume! —Clary agarró a Simon por el cuello del abrigo y lo metió en una tienda de cosméticos. Por dentro era enorme, con filas de botellitas brillantes por todas partes—. Y algo poco corriente —continuó Clary, mientras se dirigía hacia la zona de las fragancias—. Isabelle no querrá oler como las demás. Querrá oler a higos, o a vetiver, o a...

—¿Higos? ¿Los higos huelen? —Simon parecía horrorizado; Clary estaba a punto de echarse a reír cuando su celular emitió un zumbido. Era su madre.

«¿DÓNDE ESTÁS?»

Clary puso los ojos en blanco y respondió al mensaje. Jocelyn aún se ponía nerviosa cuando pensaba que Clary estaba con Jace. Aunque, como su hija le había dejado bien claro, seguramente Jace era el novio más seguro del mundo, ya que era como si tuviera prohibido (1) enfadarse, (2) hacer cualquier cosa de tipo sexual y (3) hacer nada que le produjera una subida de adrenalina.

Por otro lado, había estado poseído; su madre y ella lo habían visto quedarse quieto mientras Sebastian amenazaba a Luke. Clary aún no había hablado con él de todo lo que había visto en el departamento que compartió con Jace y Sebastian durante aquel breve tiempo fuera del tiempo, una mezcla de sueño y pesadilla. Nunca le había dicho a su madre que Jace había matado gente; había cosas que Jocelyn no tenía por qué saber, cosas a las que ni Clary misma quería enfrentarse.

—Hay tantas cosas en esta tienda que a Magnus le gustarían... —comentó Simon mientras tomaba una botella de purpurina corporal suspendida en algún tipo de aceite—. ¿Va contra las normas comprar un regalo a alguien que ha roto con tu amigo?

—Supongo que eso depende. ¿Magnus es más amigo que Alec?

—Alec recuerda mi nombre —respondió Simon, y dejó la botella en el estante—. Y me da pena. Entiendo por qué Magnus lo ha hecho, pero Alec está tan hecho polvo... Me parece que si alguien te ama, debería perdonarte, si tú realmente lo lamentas.

—Creo que depende de lo que hayas hecho —aportó Clary—. No me refiero a Alec; hablo en general. Estoy segura de que Isabelle te perdonaría cualquier cosa —añadió a toda prisa.

Simon no parecía muy seguro.

—Quédate quieto —le pidió Clary mientras le acercaba una botella a la cabeza—. En tres minutos voy a olerte el cuello.

—Bueno, no me lo esperaba —bromeó Simon—. Has tardado mucho en dar este paso, Fray, eso no te lo negaré.

Clary no se molestó en replicarle; aún estaba pensando en lo que había dicho Simon sobre perdonar, y recordó algo más, la voz de alguien, su rostro y sus ojos. Sebastian sentado frente a ella en una mesa en París.

«¿Crees que puedes perdonarme? Quiero decir, ¿crees que el perdón es posible para alguien como yo?»

—Hay cosas que nunca se pueden perdonar —afirmó finalmente—. Nunca podré perdonar a Sebastian.

—No lo amas.

—No, pero es mi hermano. Si las cosas fueran diferentes...

«Pero no lo son.»

Clary dejó a un lado ese pensamiento y se inclinó para inspirar.

—Hueles a higos y damascos.

—¿De verdad crees que Isabelle quiere oler como un plato de fruta seca?

—Quizá no. —Clary tomó otra botella—. Y ¿qué vas a hacer?

—¿Cuándo?

Clary alzó la mirada, ponderando en qué se diferenciaría una tuberosa de una rosa normal, y vio a Simon que la miraba con los ojos cargados de confusión.

—Bueno —explicó Clary—, no puedes vivir para siempre con Jordan, ¿no? Está la universidad...

—Tú no vas a ir a la universidad —la cortó Simon.

—No, pero soy una cazadora de sombras. Estudiamos hasta los dieciocho y luego nos envían a otros Institutos; ésa es nuestra universidad.

—No me gusta la idea de marcharme. —Metió las manos en los bolsillos del abrigo—. No puedo ir a la universidad —afirmó—. Mi madre no es que esté pensando precisamente en pagármela, y no puedo conseguir un préstamo de estudiante. Además, ¿cuánto tardarían los de la facultad en darse cuenta de que ellos crecen y yo no? Los chicos de dieciséis años no parecen universitarios de último año, no sé si te habrás fijado.

Clary dejó otra botella sobre el estante.

—Simon...

—Quizá debería comprarle algo a mi madre —soltó Simon con amargura—. ¿Qué es lo que dice: «Gracias por echarme de casa y hacer como si estuviera muerto»?

—¿Unas orquídeas?

Pero Simon ya no tenía ganas de bromear.

—Quizá no sea como en los viejos tiempos —repuso—. Yo te hubiera comprado lápices, cosas de dibujo..., pero ya no dibujas, ¿verdad?, excepto con la estela. Tú no dibujas y yo no respiro. No se parece mucho al año pasado.

—Tal vez deberías hablar con Raphael —sugirió Clary.

—¿Raphael?

—Él sabe cómo viven los vampiros —explicó —, cómo se toman la vida, cómo consiguen dinero, cómo alquilan departamentos... Él sabe todas esas cosas. Podría ayudarte.

—Podría, pero no lo hará —respondió Simón, ceñudo—. No he sabido nada del grupo de Dumort desde que Maureen reemplazó a Camille. Sé que Raphael es su segundo. Estoy convencido de que aún cree que llevo la Marca de Caín; si no ya habría enviado a alguien por mí. Es cuestión de tiempo.

—No. No van a tocarte. Sería la guerra con la Clave. El Instituto lo ha dejado muy claro —le recordó Clary—. Estás protegido.

—Clary, ninguno de nosotros está protegido.

Antes de que ella pudiera responder, oyó que alguien la llamaba. Totalmente sorprendida, miró hacia allí y vio a su madre que se abría

paso entre la multitud de compradores. A través de la ventana pudo ver a Luke esperando en la vereda. Con su camisa de franela, parecía fuera de lugar entre los elegantes neoyorquinos.

Jocelyn consiguió deslizarse entre el gentío, llegó hasta ellos y abrazó a Clary. Ésta, anonadada, miró por encima del hombro de su madre a Simon, que se encogió de hombros. Finalmente, Jocelyn la soltó y dio un paso atrás.

—Estaba tan preocupada de que algo pudiera haberte ocurrido...

—¿En Sephora? —preguntó Clary.

Jocelyn frunció el ceño.

—¿No te has enterado? Supuse que Jace ya te habría enviado un mensaje.

Clary notó un frío repentino en las venas, como si hubiera tragado agua helada.

—No. Yo... ¿Qué está pasando?

—Lo siento, Simon —dijo Jocelyn—, pero Clary y yo debemos ir inmediatamente al Instituto.

* * *

El piso de Magnus no había cambiado mucho desde la primera vez que Jace estuvo allí. La misma pequeña entrada, la solitaria bombilla de luz amarilla. Jace usó una runa de apertura para entrar por la puerta de la calle, subió la escalera de dos en dos y llamó al timbre del departamento de Magnus. Supuso que eso era más seguro que emplear otra runa. Después de todo, Magnus podía estar jugando con la consola desnudo o, en realidad, haciendo cualquier otra cosa. ¿Quién sabía a qué se dedicaban los brujos en su tiempo libre?

Jace tocó el timbre de nuevo, esta vez apretándolo con firmeza. Dos largos timbrazos más y, finalmente, Magnus abrió la puerta de golpe, con cara de furia. Llevaba un batín de seda negra sobre una camisa blanca de vestir y pantalones de *tweed*. Iba descalzo. Tenía el cabello alborotado y una sombra de barba en el mentón.

—¿Qué estás haciendo aquí? —quiso saber.

—Vaya, vaya —replicó Jace—. ¡Qué recibimiento!

—Es porque no quiero recibirte.

Jace alzó una ceja.

—Creía que éramos amigos.

—No. Tú eres amigo de Alec. Alec era mi novio, así que he tenido que aguantarte. Pero ya no es mi novio, así que no tengo por qué aguantarte más. Aunque no parece que ninguno de ustedes se hayan dado cuenta. Tú debes de ser el... ¿cuarto? de ustedes que me molesta. —Magnus contó con sus largos dedos—. Clary. Isabelle. Simon...

—¿Simon ha pasado por aquí?

—Pareces sorprendido.

—No creía que le importara tanto tu relación con Alec.

—No tengo ninguna relación con Alec —replicó Magnus secamente, pero Jace ya se había colado y estaba en el salón, mirando alrededor con curiosidad.

Una de las cosas que a Jace siempre le había gustado del piso de Magnus, aunque lo mantenía en secreto, era que rara vez era igual que la anterior. En ocasiones era como un gran *loft* moderno. Otras parecía un burdel francés, o un fumadero de opio victoriano, o el interior de una nave espacial. Sin embargo, en ese momento estaba oscuro y desordenado. Pilas de cajas de comida china cubrían la mesita de café. *Presidente Miau* estaba tumbado en una alfombra, con las cuatro patas tías al frente, como un ciervo muerto.

—Aquí huele a corazón roto —soltó Jace.

—Es la comida china. —Magnus se echó sobre el sofá y estiró las largas piernas—. Va, termina de una vez. Di lo que hayas venido a decir.

—Creo que deberías volver con Alec —le espetó Jace.

Magnus puso los ojos en blanco.

—¿Y por qué?

—Porque lo está pasando pésimo —contestó Jace—. Y porque lo lamenta. Lamenta lo que hizo. No volverá a hacerlo.

—Oh, ¿no volverá ir a mis espaldas a ver a una de mis ex para planear cómo acortarme la vida? Muy noble por su parte.

—Magnus...

—Además, Camilla está muerta. Así que aunque quisiera no puede volver a hacerlo.

—Ya sabes a lo que me refiero —insistió Jace—. No volverá a mentirte o a engañarte o a ocultarte cosas o lo que sea que te haya hecho enojar. —Se tumbó sobre un sillón orejero y alzó una ceja—. ¿Y bien?

Magnus se volvió de lado.

—¿Y a ti qué te importa si Alec lo pasa pésimo?

—¿Que qué me importa? —alzó la voz Jace, tan fuerte que *Presidente Miau* se sentó de golpe, como si le hubieran soltado una descarga eléctrica—. Claro que me importa Alec; es mi mejor amigo, mi *parabatai*. Y es muy infeliz. Y tú también lo eres, por lo que parece. Cajas de comida para llevar por todos lados; no has hecho nada para cambiar el piso; tu gato parece muerto...

—No está muerto.

—Me importa Alec —afirmó Jace clavando la mirada en Magnus—. Me importa más él que yo mismo.

—¿Nunca se te ha ocurrido pensar —divagó Magnus mientras se arrancaba un trocito de esmalte de uñas— que todo ese asunto del *parabatai* es bastante cruel? Puedes escoger a tu *parabatai*, pero no puedes «desescogerlo». Incluso si se vuelve contra ti. Mira a Luke y Valentine. Y aunque tu *parabatai* es la persona más cercana a ti en el mundo en cierto modo, no puedes enamorarte de él. Y si muere, parte de ti también muere.

—¿Cómo es que sabes tanto sobre los *parabatai*?

—Conozco a los cazadores de sombras —respondió Magnus, y dio unas palmadas en el sofá para que *Presidente* se subiera; éste se acercó a él y lo empujó con la cabeza. Los largos dedos del brujo se hundieron en el pelaje del gato—. Desde hace mucho tiempo. Son criaturas extrañas. Por un lado todo frágil nobleza y humanidad, y

por el otro el inconsciente fuego de los ángeles. —Miró a Jace—. Tú especialmente, Herondale, porque tienes el fuego de los ángeles en la sangre.

—¿Ya has tenido amigos cazadores de sombras antes?

—Amigos —repitió Magnus—. ¿Qué significa eso realmente?

—Lo sabrías —respondió Jace—, si tuvieras alguno. ¿Lo tienes? ¿Tienes amigos? Quiero decir, aparte de la gente que viene a tus fiestas. La mayoría de la gente te teme, o parecen deberte algo o te has acostado con ellos alguna vez, pero amigos... no veo que tengas muchos.

—Bueno, esto es una novedad —replicó Magnus—. Ninguno de los de tu grupo ha tratado nunca de insultarme.

—¿Y está funcionando?

—Si te refieres a que de repente siento el impulso de volver con Alec, no —contestó Magnus—. Me ha dado un extraño antojo de pizza, pero eso puede que no tenga ninguna relación.

—Alec dijo que hacías eso —dijo Jace—. Refugiarte en las bromas para esquivar las preguntas demasiado personales.

Magnus entrecerró los ojos.

—¿Y soy yo el único que hace eso?

—Exactamente —respondió Jace—. Te lo dice alguien que sabe de lo que habla. Odias hablar de ti mismo, y prefieres hacer enfadar a la gente a darles pena. ¿Qué edad tienes, Magnus? La de verdad.

Magnus no contestó.

—¿Cómo se llamaban tus padres? ¿Tu padre?

Los ojos verde dorado de Magnus parecieron lanzar chispas cuando lo miraron.

—Si quisiera tumbarme en un diván y quejarme a alguien de mis padres, iría al psiquiatra.

—Ya —exclamó Jace—. Pero mis servicios son gratis.

—Eso he oído de ti.

Jace sonrió irónico y se deslizó hasta sentarse en el sillón. Había un cojín con la Union Jack en la otomana. Lo tomó y se lo puso detrás de la cabeza.

—No tengo que ir a ninguna parte. Me puedo quedar sentado aquí todo el día.

—Magnífico —replicó Magnus—. Voy a echar una siesta. —Tomó una manta arrugada que estaba tirada en el suelo y en ese momento sonó el celular de Jace. Magnus lo observó, inmóvil a medio camino, mientras Jace rebuscaba en el bolsillo y abría el teléfono.

Era Isabelle.

—¿Jace?

—Sí. Estoy en casa de Magnus. Creo que estoy haciendo progresos. ¿Qué pasa?

—Vuelve —dijo Isabelle, y Jace se sentó, tenso. El cojín cayó al suelo. La voz de Isabelle sonaba nerviosa. Jace notó que se le quebraba, como las notas de un piano desafinado—. Al Instituto. Inmediatamente, Jace.

—¿Qué es? —preguntó él—. ¿Qué ha pasado?

Vio que Magnus se incorporaba también y dejaba caer la manta.

—Sebastian —contestó Isabelle.

Jace cerró los ojos. Vio sangre dorada y plumas blancas esparcidas sobre un suelo de mármol. Recordó el departamento, un cuchillo en sus manos, el mundo a sus pies, Sebastian agarrándolo de la muñeca, sus infinitos ojos negros mirándolo con una expresión de oscura y tenebrosa diversión. Comenzaron a pitarle los oídos.

—¿Qué pasa? —La voz de Magnus interrumpió los pensamientos de Jace. Se dio cuenta de que ya estaba en la puerta, con el celular otra vez en el bolsillo. Se volvió. Magnus estaba tras él con expresión seria—. ¿Es Alec? ¿Está bien?

—¿Y a ti qué te importa? —replicó Jace, y Magnus hizo una mueca de dolor. Jace no creía haberlo visto nunca hacer eso. Fue lo único que impidió que diera un portazo al salir.

* * *

Había docenas de abrigos y chaquetas desconocidos colgando en la entrada del Instituto. Clary sintió el zumbido de la tensión en los hombros mientras bajaba el cierre de su abrigo de lana y lo colgaba en uno de los ganchos que se alineaban en la pared.

—¿Y Maryse no te ha dicho de qué se trataba? —preguntó Clary. La voz se le afilaba por la ansiedad.

Jocelyn se había desenrollado del cuello una larga bufanda gris, y ni siquiera miró cuando Luke la tomó para colgarla de un gancho. Los ojos verdes de Jocelyn iban de un lado al otro de la sala, observando la puerta enrejada del ascensor, el techo abovedado, los deslucidos murales de hombres y ángeles.

Luke negó con la cabeza.

—Sólo que han atacado a la Clave y que teníamos que venir lo antes posible.

—Es ese plural lo que me preocupa. —Jocelyn se enrolló el cuello en un rodete bajo—. Hace años que no he entrado en el Instituto. ¿Para qué me quieren a mí aquí?

Luke le apretó el hombro para tranquilizarla. Clary sabía lo que temía Jocelyn, lo que todos temían. La única razón por la que la Clave quería tener allí a Jocelyn era porque tenían noticias de su hijo.

—Maryse ha dicho que estarían en la biblioteca —informó Jocelyn. Clary los guió. Oía a Luke y a su madre hablando tras ella, así como el suave sonido de sus pasos. Los de Luke más lentos que antes. No se había recuperado totalmente de la herida que casi lo había matado en noviembre.

«Sabes por qué estás aquí, ¿no? —le susurró una vocecita en la cabeza. Sabía que no estaba realmente ahí, pero eso no la ayudaba. No había visto a su hermano desde la batalla del Burren, pero lo llevaba consigo en algún trocito de su mente, un fantasma intrusivo y no deseado—. Por mí. Siempre has sabido que no me había ido para siempre. Te dije lo que iba a pasar. Te lo expliqué claramente.

»*Erchomai.*

»Voy de camino.»

Habían llegado a la biblioteca. La puerta estaba medio abierta, y un murmullo de voces salía a través de ella. Jocelyn se detuvo un momento con el rostro tenso.

Clary puso la mano en el picaporte.

—¿Estás lista? —Hasta ese momento no se había fijado en cómo iba vestida su madre: jeans negros, botas y un suéter negro de cuello alto. Como si, sin pensarlo, se hubiera puesto lo más parecido al equipo de combate.

Jocelyn hizo un gesto de asentimiento a su hija.

Alguien había apartado todos los muebles de la biblioteca y había dejado un gran claro en el centro de la sala, justo sobre el mosaico del Ángel. Ahí habían colocado una enorme mesa, un gran tablero de mármol sobre dos ángeles de piedra arrodillados. Alrededor de la mesa estaba sentado el Cónclave. Clary conocía de nombre a algunos de los miembros, como Kadir y Maryse. Otros sólo eran caras que le sonaban. Maryse estaba de pie, contando con los dedos mientras citaba los nombres en voz alta.

—Berlín —dijo—. Sin sobrevivientes. Bangkok. Sin sobrevivientes. Moscú. Sin sobrevivientes. Los Ángeles...

—¿Los Ángeles? —lo interrumpió Jocelyn—. Ésos son los Blackthorn. ¿Están...?

Maryse pareció sorprendida, como si no se hubiera dado cuenta de la llegada de Jocelyn. Pasó sus azules ojos sobre Luke y Clary. Parecía pálida y agotada, el cabello echado hacia atrás con severidad, una mancha... ¿vino tinto o sangre? en la manga de la chaqueta hecha a medida.

—Hubo sobrevivientes —contestó—. Niños. Se encuentran en Idris.

—Helen —dijo Alec, y Clary pensó en la chica que había luchado con ellos contra Sebastian en el Burren. La recordaba en la nave del Instituto, con un niño de cabello castaño al que agarraba por la muñeca. «Mi hermano Julian.»

—La novia de Aline —soltó Clary, y vio que el Cónclave la mira-

ba con una hostilidad mal disimulada. Siempre lo hacían, como si quien era y lo que representaba les hiciera imposible verla de verdad. «La hija de Valentine. La hija de Valentine»—. ¿Está bien?

—Estaba en Idris, con Aline —contestó Maryse—. Sus hermanos pequeños han sobrevivido, aunque parece haber ocurrido algo con su hermano mayor, Mark.

—¿Algo? —preguntó Luke—. ¿Qué está pasando exactamente, Maryse?

—No creo que sepamos toda la historia hasta que vayamos a Idris —respondió Maryse, mientras se aplanaba el ya aplastado cabello—. Pero ha habido ataques, varios en dos noches, en seis Institutos. No estamos seguros aún de cómo pudieron entrar en los Institutos, pero sabemos...

—Sebastian —intervino la madre de Clary. Tenía las manos hundidas en los bolsillos de los pantalones negros, pero Clary sospechaba que de no haberlas tenido así, serían unos puños apretados—. Ve directo al grano, Maryse. Mi hijo. No me habrías llamado si no fuera él el responsable. ¿Verdad? —Jocelyn miró a Maryse a los ojos, y Clary se preguntó si habría sido así cuando ambas pertenecían al Círculo, con los afilados bordes de sus personalidades soltando chispas al rozarse.

Antes de que Maryse pudiera decir nada, la puerta se abrió para dejar paso a Jace. Estaba enrojecido por el frío, con la cabeza desnuda, el cabello rubio revuelto por el viento. No llevaba guantes y tenía la punta de los dedos rojas, las manos con cicatrices de Marcas nuevas y viejas. Vio a Clary y le dedicó una rápida sonrisa antes de sentarse en una silla que había contra la pared.

Luke, como de costumbre, trató de reinstaurar la paz.

—¿Maryse? ¿Es Sebastian el responsable?

Maryse respiró hondo.

—Sí, lo es. Y tenía con él a los Oscurecidos.

—Claro que es Sebastian —intervino Isabelle. Había estado mirando fijamente la mesa hasta que alzó la cabeza. Su rostro era una

máscara de odio y rabia—. Dijo que venía, ¿no? Bueno, pues ya ha llegado.

Maryse suspiró.

—Supusimos que atacaría Idris. Eso era lo que todas las informaciones indicaban. No los Institutos.

—Así que ha hecho lo que no se esperaban —intervino Jace—. Siempre hace lo que no se espera. Quizá la Clave debería hacer sus planes pensando en eso. —Jace bajó la voz—. Se los dije. Les dije que querría más soldados.

—Jace —lo reprendió Maryse—. No estás ayudando.

—No era mi intención.

—Yo hubiera pensado que atacaría primero aquí —comentó Alec—. Dado lo que Jace estaba diciendo antes, y es verdad... todos a los que ama u odia están aquí.

—No ama a nadie —soltó Jocelyn.

—Mamá, déjalo —pidió Clary. El corazón le latía con fuerza, angustiado; pero al mismo tiempo sentía un extraño alivio. Todo ese tiempo esperando a que llegara Sebastian, y ya lo había hecho. La espera había terminado. La guerra iba a comenzar—. ¿Y qué se supone que debemos hacer? ¿Fortificar el Instituto? ¿Ocultarnos?

—Déjame que lo adivine —dijo Jace con una voz cargada de sarcasmo—. La Clave ha pedido una reunión del Consejo. Otra reunión.

—La Clave ha pedido la evacuación inmediata —repuso Maryse, y al oír eso todos callaron, incluso Jace—. Todos los Institutos deben quedar vacíos. Todos los Cónclaves deben regresar a Alicante. Las salvaguardas que rodean Idris se doblarán desde mañana. Nadie podrá entrar ni salir.

Isabelle tragó saliva.

—¿Cuándo nos marchamos de Nueva York?

Maryse se cuadró. Había recuperado algo de su aire arrogante, la boca apretada en una fina línea, el mentón marcado con decisión.

—Hagan las maletas —contestó—. Nos marchamos esta noche.